



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

¡Viva el rumbo!

SUMARIO

TEXTO
DE TODO UN POCO

FOR
Luis Tuboada

EL VIAJERO ECONÓMICO

FOR
Juan Pérez Zúñiga

EL LORITO DE LAS MONJAS

FOR
José Estromera

EL ESPEJO

FOR
Eusebio Sierra.

EL GORRIÓN Y LOS CUERVOS

FOR
Jacinto O. Picón.

¡PÍCARA LENGUA!

FOR
José Jackson Veyan.

LA ETERNA INJUSTICIA

FOR
Sinesio Delgado

CHISMES Y CUENTOS

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

ANUNCIOS

GRABADOS

¡VIVA EL RUMBO!

FOR
Mecachis

EL PUENTE LEVADIZO

(dos viñetas)

EL GORRIÓN Y LOS CUERVOS

(cuatro viñetas)

FOR

Cilla

INGENUIDAD DEL DELITO

(cuatro viñetas)

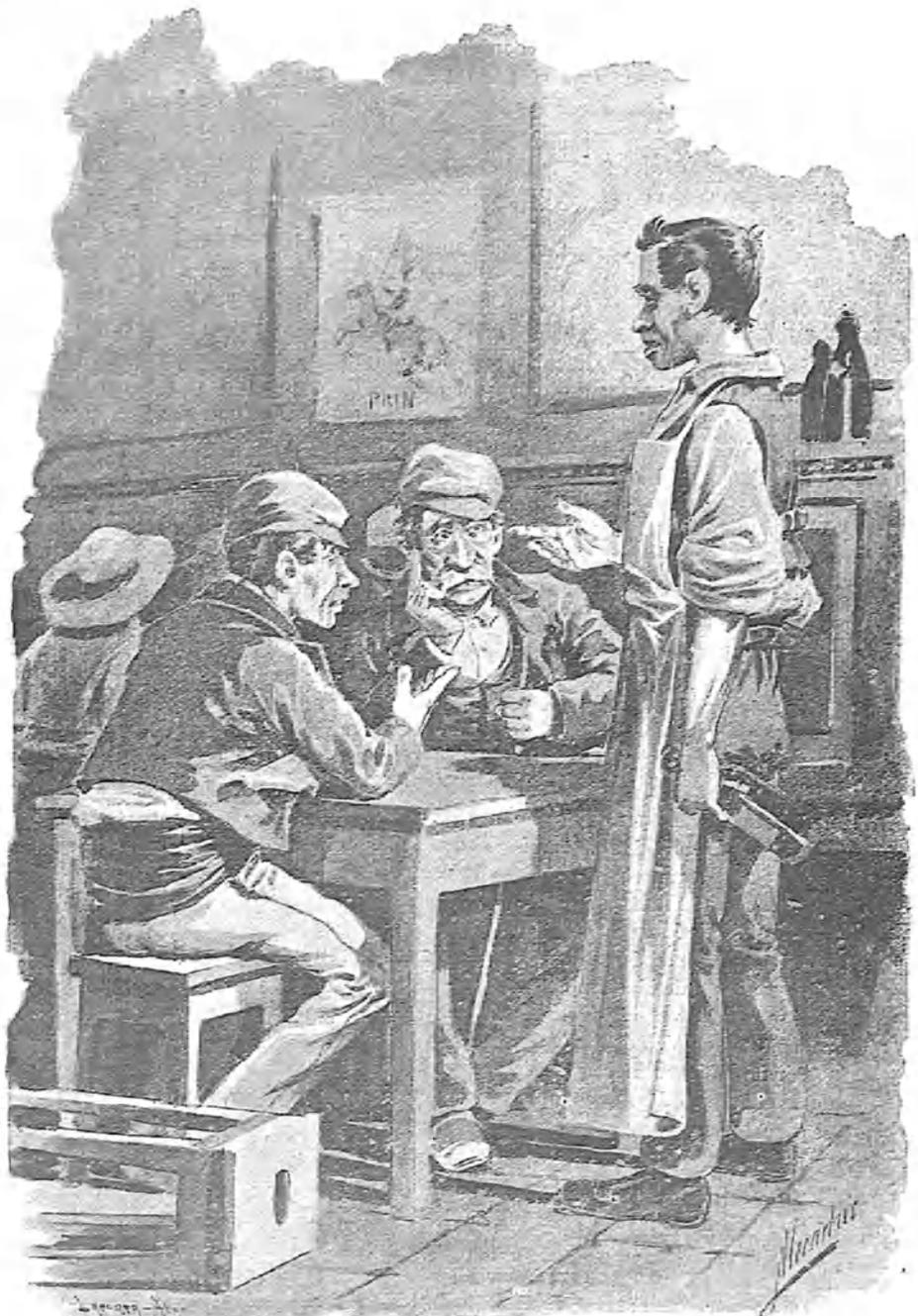
FOR

Mecachis

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

FOR

Cilla



—¿Qué va á ser?
—Una cosa buena pa osequiar á este amigo.
—Tenemos lomo de cerdo, chuletas de ternera, riñones salteados, longaniza, merluza...
—Bueno, pues tráete un real de judías.



DE TODO UN POCO

Con motivo de los disturbios ocurridos en Italia, y en previsión de que pueda agravarse aquel estado de cosas, se ha dicho que Su Santidad vendrá á residir entre nosotros.

La sola noticia llenó de júbilo el corazón de la genta profundamente piadosa, y, sobre todo, el

de D.^a Robustiana, viuda de un fagot religioso, muerto en defensa del catolicismo, simbolizado por D. Carlos de Borbón y de Este.

Lo primero que hizo D.^a Robustiana fué escribir á un sacerdote amigo suyo, residente en Roma, diciéndole:

«Muy señor mío y de todo mi aprecio: Sabedora de que Su Santidad está resuelta á residir en España, dirijo á usted la presente para suplicarle le vea en mi nombre y le pregunte si tiene casa buscada, ó si quiere que yo me encargue de esta diligencia.

Por de pronto, puedo anticiparle que hay una en la calle de Jacometrezo, de una paisana mía, que sólo admite caballeros estables, con y sin asistencia, y es persona muy limpia, porque estuvo de ama de gobierno en casa de un dentista inglés, que la hacía lavarse todas las mañanas.

Repero su respuesta para, en caso afirmativo, decirle desde luego que no alquile el gabinete, y usted sabe es su segura servidora, Robustiana López.»

La torpeza natural de algunos seres y el exceso de celo de otros da lugar á estas cartas ridículas, suponiendo que el Papa se va á venir á vivir á una casa de huéspedes; cuando hay quien pondría á su disposición palacios suntuosos y cuanto pudiera necesitar por todo el tiempo que le resta de vida.

Pero la pobre D.^a Robustiana, que todo lo ve con los ojos de la más ferviente piedad y tiene un corazón de ángel, cree á pies juntillas que el padre común de los fieles arrastra una existencia de privaciones y que no pueda comer principio por falta de recursos. Á ella se lo ha hecho creer un falso católico que iba á decirle de cuando en cuando:

—Vengo á ver si tiene usted una camisa vieja. Hay que ser caritativos.

—¿Es para alguna pobrecita?

—No, es para la corte romana, que no tiene qué ponerse.

Además de la camisa, el pícaro explotador le sacaba un par de duros con destino al dinero de San Pedro; pero lo que hacía era gastárselos en boquerones y pájaros fritos.

Llegaba á casa de D. Joaquín, el que tiene la tienda al lado del Español, y preguntaba con acento dulce:

—¿Á cómo son los pájaros?

—Á quince céntimos.

—Póngame usted media docena, y vaya todo en honor de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Y se comía los seis pájaros de una sentada, remojándolos con copas de buen Valdepeñas.

Por fin le descubrieron las mañas, y ahora no hay quien le fie un ochavo, aunque diga que es para sacar á un primo suyo que está en el purgatorio.

**

No se ha confirmado la noticia de la llegada de Amadi, el moro desorejado, que trata de exhibir al público Ricardo Ducazal, para nuestro recreo y el de nuestras familias.

Parece ser que el tal Amadi se manifiesta rehacio, no por nada, sino porque dice:

—Antes menos mal, pues siempre había el recurso de que me cortaran las orejas; pero si se les ocurre á los españoles cortarme algo más, ¿qué va á ser de mí?

Días pasados circuló la noticia de que ya estaba entre nosotros

esté rifeño apreciable, y á nuestra redacción vino un amigo diciendo:

—¿Sabéis quién está ahí?

—¿Quién?

—Amadi.

—¿Ha venido solo?

—No, con una tía.

—¿Lo sabes con certeza?

—¡Ya lo creo! Como que los acabo de encontrar en la Viña P, comiendo percebes, para ir después al Español á ver *La pata de cabra*.

Después supimos que ni aquél era Amadi, ni aquélla su tía, sino simplemente un recomendado de D. Venancio, que había venido de Lillo con su señora á gestionar un destino del gobierno.

En vista de la expectación que habrá despertado en el público la noticia referente al viaje de Amadi, un industrial arruinado pensó en inventar un Amadi para su uso y exhibirlo en una barraca, atado con una cadena en clase de oso manso. Al efecto buscó á un pobre hombre, que anda siempre por la calle de Sevilla á bofetadas con el hambre, y le dijo:

—¿Quiere usted ser moro por unos días?

—Yo, con tal de comer, sería hasta burra de leche—contestó el hombre.

—Pues véngase usted conmigo.

Llevóle á una casa de los barrios bajos y allí se puso á pintarle el rostro con una brocha mojada en almazarrón. Púsole un turbante, sujetóle al cuello una sábana, calzóle unas babuchas, y ambos, dentro de un coche, se dirigieron al gobierno civil en busca del competente permiso.

Pero en cuanto vieron al moro los inspectores, se echaron á reír.

—Aquí tienen ustedes á Amadi, el de las orejas—dijo el industrial.

—¿Quién, éste?—interrumpió uno de la policía.—¡Pues si éste es Bodoque, el cesante de Gobernación, que es capaz de darle un salazo á la estatua del general Espartero!

No se fíen ustedes de ningún Amadi que no presente las orejas envueltas en un papel.

Luis Calvada.

El viajero económico.

—Adiós, amigo querido.

—¿Cómo está usted, Leonor?

—Bien.

—¿Y Torcuato? ¿Ha venido ya de Murcia?

—Sí, señor.

También ha estado en Gerona

seis días y en Cádiz tres

y dos días en Pamplona

y otros dos en Avilés.

—Y ¿qué tal? ¿No ha presenciado

catástrofes ni tragedias?

Entonces habrá gozado...

—Sí, ha gozado; pero á medias.

—¿Á medias? Andalucía,

á él, que siente como yo,

de hijo le agradecería.

—Sí tal, medio le agradó.

—¿Y el Pajares? Perforado

por el túnel que han abierto,

¡qué largo lo habrá encontrado

y qué asombroso! ¿no es cierto?

—Eso me ha dicho mi esposo;

pero lo halló, sin embargo,

medianamente asombroso

y medianamente largo.

También á Toledo ha ido.

—¿Y qué? ¿Lo que ha visto allí

le ha gustado á su marido?

—Le ha gustado... así, así.

—Como campo para riego

le habrá gustado quizás

el murciano.

—Desde luego;

pero á medias nada más.

—¿Qué impresión le hizo en León

la campiña? Diga usted.

—La mitad de la impresión

que á cualquiera que la ve.

—Pues si todo lo observaba,

no comprendo, amiga mía,

cómo á medias le gustaba

lo notable que veía.

¿Es que tenía el antojo

de verlo á medias Torcuato?

¿Es que ha perdido algún ojo

desde que yo no le trato?

—No.

—Pues me doy por vencido.

—Pero, hombre, ¿será usted necio?

¿No ve usted que mi marido

viajaba á mitad de precio?

Juan Pérez Súniga.

EL LORITO DE LAS MONJAS

Las monjas de Santa Clara
tienen un loro...

¡Qué animal tan bonito,

qué pico de oro!

Se pasa todo el día

charla que charla...

¡Qué chéchara! ¡Alegría

da el escucharla!

No hay monada de loro

que él no posea;

se sabe el *tantum ergo*

y el *labia mea*.

Y cuando las monjitas

cantan en coro,

también con ellas suele

cantar el loro.

Por eso todos dicen
que es joya rara
el loro de las monjas
de Santa Clara.

Pero las monjas tienen
un monaguillo
que se llama Teodoro
y es lo más pillo...
El cual al pobre loro
le enseña cosas
que son en el convento
pecaminosas.
Mas con eso las madres
nunca se ofenden,
porque las pobrecitas
no las entienden.
Antes bien se figuran
que son monadas
y las escuchan todas
tan embobadas...
Les dice, entre otras *pegas*
y chirigotas:
«¡Ay, y qué madres tengo
tan *flamencotas!*
No son las madres legas
del todo malas,
y son de *barambulen*
las colegialas.»
Y aunque ellas no lo entienden,
nunca discuten
qué querrá decir eso
de *barambulen*.
Al contrario, las pobres
dicen á coro:
«¡Qué animal tan bonito,
qué pico de oro!»

Según me han referido,
le dijo un día
la abadesa al monago,
que se refa:
—Pues que tú las entiendes,
díme, Teodoro,
¿qué son esas palabras
que dice el loro?
—Pues yo me río, madre,
porque esas cosas
son frases de cariño
respetuosas
que no están al alcance
de los villanos,
y hasta al rey se las dicen
los cortesanos.

Un día el buen obispo
fué al pueblo, para
visitar á las monjas
de Santa Clara,
las cuales le dijeron
en dulce coro
las frases que solía
decir el loro;
y según malas lenguas
me han relatado,
salió el señor obispo
ruborizado.
Y mandó su ilustrísima
que se matara
al loro de las monjas
de Santa Clara.
Pero aún suelen las gentes
decir á coro:
«Las monjas de Santa Clara
tienen un loro...»

José Estremera.

EL ESPEJO

Antonio me lo contaba
con la mayor alegría,
y de tal modo refa
que á veces hasta lloraba.
«No sabes de qué manera
se ha enamorado Fidel,
ni el ridículo papel
que va haciendo por doquiera.
Pues el pobre tan contento,
más que contento, engreído...
¡un chico que hemos creído
que tenía entendimiento!
No le verás por ahí,
no le verás, de seguro,
y si le vieses, te juro
que no te verá él á ti;
porque irá de rodrigón
de su dama, de su Estrella,
y no la ve más que á ella,
atento á su obligación.
Lo mismo es salir el día,
que está al pie de su ventana,
y allí pasa la mañana
solo, espía que te espía.
A las doce va á almorzar,
y antes que la media suene,
sabe Estrella que le tiene
donde le puede mirar.
Pasa allí la tarde entera
y se va... por la comida;
pero ¡qué! vuelve en seguida
á hacer la guardia en la acera.

Ya conocen á Fidel
porteros, ultramarinos
y... en fin, todos los vecinos,
¡y todos se ríen de él!
¿Y si ella sale? Eso es más,
mucho más gracioso, si;
dos, tres horas por ahí,
y el hombre siempre detrás.

Templos, tiendas y bazares
recorre tras ella ciego,
igual que va tras el lego
el magyar de *Los Magyars*.

Y todo ello sin hablar
á su dama ni á ninguno,
y con el rostro de ayuno
y muy lánguido el mirar.
¿Si será imbécil Fidel?
Sin verlo no lo creería...
¡A mí me avergonzaría
tan ridículo papel!

Porque eso es ya prescindir
de todo, hasta del sentido
común... es haber nacido
para ser hazmetreir...»

Cansado yo de escuchar
charla tan impertinente,
dije un nombre solamente,
no más que un nombre, ¡Pilar!

Y, como volviendo en sí,
gritó Antonio con espanto:
—Tienes mucha razón... ¡Cuánto
se habrán reído de mí!

Eusebio Sicra.

El puente levadizo.



Primera parte.



Segunda parte (que es la más lastimosa).



El gorrión y los cuervos.

I

Don Lope Mirueña comenzó a trabajar casi desde niño: pasó la juventud midiendo y empaquetando piezas de madapolán detrás de un mostrador, sin oír jamás una frase de ternura, sin que nadie le mostrase afecto, mal vestido, peor alimentado y echando de menos, entre memorias vagas, otra época corta y dichosa de su vida, cuyo recuerdo le traía á la memoria el panorama borroso de un valle y un caserío que nunca había de volver á contemplar.

Fué laborioso, ayudóle la fortuna hasta hacerle millonario, no se quiso casar, desconfió del prójimo, se dejó poco á poco dominar por la avaricia, y, llegada la vejez, sintió la amargura y el desconuelo propios de cuantos, cifrando la dicha en la riqueza, advierten tarde que, sin haber gozado un solo día, se les ha ido la vida en rennir lo que otros han de gastar slegremente.

Los libros mercantiles, que cuidadosamente guardaba como ejecutorias de nobleza, estaban llenos de fechas en que realizó ganancias fabulosas, pero su corazón no conservaba rastro de un solo momento placentero, ajeno á los negocios. Ni en sus noches de insomnio podía evocar un nombre de mujer, ni en los escondrijos de sus muebles guardaba una de esas cartas que diciendo tan poco suelen recordar tanto.

Sus buenas cualidades fueron la laboriosidad y la honradez; sus defectos, el egoísmo y la codicia. Pronto á cumplir lo que ofrecía y celoso del honor de su firma, tuvo crédito; incapaz de socorrer ni dispensar favor, no hubo quien le quisiese para amigo. Ni se aprovechó por malas artes de lo ajeno, ni usó generosamente de lo propio; así que, aun buscándole como comerciante, á nadie inspiró simpatía como hombre.

Para sí mismo era duro; comía mal, despreciaba las comodidades, y en cuanto á las mujeres, ni de joven procuró rendirlas, ni de viejo quiso comprarlas. A los veinte años le pareció que le robarían tiempo, y á los cincuenta que le estafarían dinero. Sus empresas amorosas fueron tan raras como sus percances mercantiles: sólo recordaba haber perdido algunos miles de reales en dos ó tres especulaciones desgraciadas, por culpa de otros, y haber sucumbido momentáneamente á los halagos de tres ó cuatro aventureras, que se engañaron creyendo engañarle, y de las cuales ninguna le buscó dos veces.

La casa que habitaba era triste, pequeña y pobre, á semejanza de su ánimo.

Servíanle, de mala gana y peores modos, un ama de llaves que ni en la despena entraba sin su permiso, una cocinera que de puro vigilada apenas podía sisar, y un criado por miedo al cual contaba los pitillos como si fueran centenes.

Toda la parentela de don Lope se reducía á cuatro sobrinos varones, de ellos tres casados, con hijos, y uno soltero. Ninguno profesaba al tío estimación, cariño ni cosa parecida, pero como era tan

rico, todos ponían empeño en bienquistarse con él, tratándole cada cual según su ingenio y mentuqueando las visitas con arreglo á su impaciencia.

Mientras estaba bueno y sano, apenas parecían; al menor resfriado, todos se prestaban á velarle. Es decir, todos no, porque el soltero iba de tarde en tarde: primero porque no se hacía ilusiones, y segundo porque estaba convencido de que pedir algo á don Lope era como hacer rogativas á santo poco amigo de milagros.

Tampoco los casados tenían nada que agradecerle: sus chicos entraban en quintas sin que se brindase á librarles de cargar con el chopo; sus hijas se casaban sin que les regalase un mal pañuelo, y hasta el cumpleaños de los pequeñuelos pasaba sin que les enviase un peón ó una comba de dos reales. Por supuesto que don Lope fundaba esta falta de generosidad en argumentos irrefutables. A juicio suyo, Cosme, Agustín y Manuel, los casados, no habían menester su protección, porque eran ricos, ó poco menos. Cosme tenía una fábrica de embutidos, Agustín tres tahonas, y Manuel una casa de préstamos. En cuanto á Pepe, el soltero, era un perdido, y no merecía que se pensara en él.

Y no solo don Lope tenía en mal concepto al pobre Pepe: tampoco simpatizaban con él sus hermanos. Como no quiso administrar la fábrica de embutidos sin sueldo, y por solo la comida, ni ponerse con un miserable jornal al frente de una tahona, ni regentar la casa de préstamos por todo el oro del mundo, los tres le declararon la guerra, echándole en cara que era un loco, y profetizándole que estaba destinado á morir en la miseria.

Al cabo de algún tiempo supieron que Pepe se había metido á escritor, y entonces casi le despreciaron.

No les habían engañado. Protegido por no se sabe quién, logró que en un par de teatros de segundo orden se estrenaran algunas picecillas que tenía compuestas; gustaron, adelantó, cayóle al público su estilo en gracia, supo hacerse lado entre la gente de letras, buscarónle las empresas, y en pocos años llegó á cobrar trimestres de



dos y tres mil pesetas, con lo cual tenía más que de sobra para no recurrir jamás al despacho de la salchichería, al cajón de las tahonas ni á la caja de los préstamos.



Tal era la respectiva situación de los cuatro hermanos: Cosme se enriquecía convirtiendo en salchicha cerdos más ó menos auténticos; Agustín prosperaba, aunque le multaban cada dos días por descuidar el peso; Manuel seguía prestando á peseta por duro, y Pepe iba de escenario en escenario y de victoria en victoria, soñando con ser el Lope de Vega de los teatros por horas, cuando enfermó gravemente aquel otro don Lope codicioso, egoísta y, sobre todo, desdichado.

Cosme, que fué quien antes supo la enfermedad, llamó á Manuel y Agustín, les dijo que la muerte del tío *no podía hacerse esperar*, y les consultó acerca de la línea de conducta que habían de seguir, porque, según sus noticias, el paciente no había otorgado testamento, y, aunque era lógico que ellos le heredasen, pudiera suceder que el asunto se torciese, teniendo en cuenta el infinito número de negocios que el viejo traía entre manos.

Naturalmente, se planteó una cuestión previa.

¿Debían avisar á Pepe?

Agustín y Cosme opinaron que no; Manuel, el prestamista, pensó lo contrario, formulando su pensamiento de este modo:

—El tío—dijo—no tiene más parientes que nosotros, ni nadie le ha conocido en la vida relaciones amorosas, de modo que no hay temor á que salga por ahí un hijo más ó menos natural. La herencia es indudablemente nuestra. Si no ha hecho testamento, heredamos por partes iguales... Si lo hace ahora... entonces, los favorecidos pueden ser dos, tres ó uno solo. Pues bien, hagamos pacto con las condiciones siguientes, si no imagináis otras más prácticas. Primera, procurar, á todo trance, que haga testamento, y segunda, que si al otorgarlo quedase alguno de nosotros perjudicado, repartan con él lo suyo los favorecidos, de suerte que la herencia quede repartida en tres fracciones iguales.

—Todo eso está muy bien—dijo Agustín;—pero ¿y Pepe?

—A eso vamos—replicó el prestamista.—Yo conozco al tío: el que entre á decirle que se disponga á morir, ése será el que se quede sin nada. Es necesario llamar á Pepe y que él sea quien trate de convencerle.

—¿Y si le convence en provecho propio?

—No lo temáis. A quien más aborrecerá será al primero que le hable de intereses.

No hubo más discusión.

Bajo su honrada palabra, Cosme y Agustín se comprometieron á seguir el consejo que acababan de oír; sellóse el pacto con un fraternal abrazo, y aquel mismo día avisaron al hermano menor.

II

A la mañana siguiente, y con asistencia de Pepe, celebraron nueva reunión en casa de don Lope aquellos accionistas de la muerte.

El enfermo supo por el ama de llaves que estaban en la sala, y le bastó saberlo para comprender que se moría.

Pero aún le quedaba más entereza y más fibra de lo que ellos se figuraban. Además, la ira y la desesperación le prestaron energía.

Por una de esas reacciones misteriosas que las ciencias no explican, sacó fuerzas de flaqueza, el espíritu venció á la materia, la voluntad se sobrepuso al dolor, y sabiendo que estaban en la sala, se

parados de su alcoba tan sólo por el espacio y la puerta de un gabinete, resolvió escuchar lo que dijese, aunque se cayera muerto sobre la alfombra.

—Vete al cuarto que hay al otro lado de la sala—dijo el ama de llaves.—Entérate bien de todo lo que digan... No pierdas palabra... y ven á contármelo... Pero que aquí no entre nadie hasta que yo llame.

En seguida, se tiró de la cama, se puso las zapatillas y se envolvió en una manta. Primero gateando, luego apoyándose en muebles y paredes, llegó hasta el gabinete: su energía triunfó de la debilidad y del frío; la idea de que sus riquezas pasaran á poder de aquellos infames prestó vigor á sus miembros y resistencia á sus músculos, aguzáronse los sentidos, y aplicando la oreja al ojo de la cerradura, cuyo frío contacto le hizo estremecerse, escuchó con ansia y con terror.

—Yo creo que se muere antes de dos días—decía uno.

—Puede que no dure tanto.

—El médico ha dicho que se quedará como un pajarito.

—¿Y qué es lo que tiene?

—Debe de ser una indigestión de oro.

—De diez á doce millones.

—Allá veremos.

—Y de testamento ¿qué hay?

—Nada, que sepamos.

—Pues tiene que hacerlo.

Todas éstas eran frases de Cosme, Agustín y Manuel. Pepe les escuchaba silencioso: al parecer, mostrándose conforme con lo que decían; en realidad, sintiendo sublevarse su hombría de bien ante aquella repugnante codicia.

Don Lope, malarrebujado en la manta, dando diente con diente y biznabas las canas, no perdía palabra.

Las frases de Manuel, Cosme y Agustín le daban la certidumbre de su muerte cercana.

Al cabo de un rato cayó en la cuenta de que aún no había oído la voz de Pepe, y enderezando bien la mirada por el agujerito de la cerradura, le buscó con la vista.

Estaba sentado en una butaca, los codos en las rodillas, la cara entre las manos, haciéndose el distraído, y mirando con rara expresión á sus hermanos por entre los dedos con que se ocultaba el rostro: parecía postura buscada adrede para que no le pudiesen adivinar los pensamientos por los gestos. Su actitud era de hombre que pugna por contenerse: miraba al suelo, sonreía, cambiaba de postura, y de cuando en cuando dirigía la vista hacia su bastón y su sombrero, colocados sobre una consola. No cabía duda: aquel hombre sentía impulsos de marcharse: le daba asco lo que estaba presenciando.

—No puede morir como un perro—dijo de pronto Agustín.

—Hay que prepararle—añadió Cosme.

—Yo no tengo valor: al fin es mi tío—agregó hipócritamente Manuel.

Cosme trató de abreviar la situación.

—Vaya, vaya, estamos expuestos á quedarnos á la luna de Valencia. Revienta de un momento á otro, y luego... ¡Tendría gracia que se lo comiese todo la curia, ó que hiciera testamento á favor del ama de llaves!—Y volviéndose de improviso hacia Pepe, le dijo:

—¿Por qué no entras tú?

Pepe se puso en pie, tiró el cigarro, y con un gesto indefinible repuso:

—No hay inconveniente.



La facilidad con que aceptó aquella espinosa misión, el tono que dió á sus palabras y, sobre todo, la manera que tuvo de mirar á sus hermanos, les dejó confusos. Cosme intentó detenerle, pero ya era tarde. Pepe salió de la habitación, diciendo enérgicamente:

—¡Que no venga nadie!

Al entrar en la alcoba halló á don Lope mal acostado, revuelto las ropas, liritando y con los ojos desmesuradamente abiertos, pero en su cabal juicio. Lo raro era que tenía las almohadas en el suelo y una zapatilla sobre la cama.

—Vamos, vamos—le dijo,—usted ha querido bajarse solo. No está usted muy grave cuando tiene tanta fuerza. ¿Por qué no llama usted?

En seguida le arregló el lecho lo mejor que supo, habló un rato de cosas indiferentes y luego dijo:

—Abí quedan éstos... mis hermanos... en la sala. Estaban hablando de lo que ha dicho el Galeno, el médico... ya sabe usted lo que son... rara vez hablan claro; lo que quieren es salvar su responsabilidad, y hacen bien. Nosotros, después de oírle, hemos resuelto decirle á usted la verdad. Hoy por hoy, esto no es nada ni hay para qué asustarle á usted. Ni está usted en peligro de muerte, ni ése es el camino. Se pondrá usted bueno muy pronto, y entonces cumplirá usted con la Iglesia y hará testamento y cuanto le dé la gana. Ahora no hay que pensar más que en recobrar fuerzas. Jugo de carne, buen vino y dormir bien.

—¿Y eso es lo que dicen también tus hermanos?—preguntó el viejo, al convencerse de cómo Pepe mentía para tranquilizarle.

—¿Pues qué quiere usted que digan?

—¿Y no hablan de que tome disposiciones?

—A nadie se le ha ocurrido tal cosa. Dentro de ocho días está usted sentado en su escritorio y vuelve usted locos á todos los banqueros de Madrid.

Don Lope permaneció callado un rato bastante largo, y luego, dando un suspiro, con que pareció despedirse de la vida, exclamó:

—¡Buena! Pues, á pesar de eso... que venga un escribano.

Y se quedó pensando en el desinterés de Pepe, en su desprecio del dinero y en la codicia de sus otros tres sobrinos.

Cuando Pepe salió de la alcoba, Cosme, Manuel y Agustín le rodearon impacientes diciendo:

—Nunca te agradeceremos...

—Se habrá impresionado...

—¿Qué te ha dicho?

Pepe contestó con la mayor naturalidad:

—Tiene que venir un escribano.

Don Lope hizo testamento, y de allí á pocos días murió.

Durante el aniversario, Cosme, Agustín y Manuel estuvieron en brasas. Luego su impaciencia se deshizo en rabia, porque la cláusula principal del testamento decía lo siguiente:

«Nombre y designo por único y universal heredero de todos mis bienes á mi querido sobrino don José Mirneña.»

Su sorpresa fué una mezcla indefinible de ira y rabia. Imaginaron por cierto que Pepe les había minado el terreno; pero lo que nunca pudieron comprender fué por qué don Lope le llamaba su querido sobrino.

Jacinto Octavio Picón.

¡PÍCARA LENGUA!

Con dos empresarios di:
necesitaban de mí
en la capital vecina,
y me llevaron de Pina
Dominguez ó cosa así.

Encerrado en el exprés,
me decía á cada instante:
«El francés muy fácil es:
yo tra lazo del francés
cuanto se ponga delante.»

¡Ah! ¡Que Dieu me pardonne
mi manera de pensar!
En cuanto pasé Bayonne,
que ya no entendí á personne
y perdí el modo de hablar!

Hay muchísima distancia
de aquel francés traducible
que yo me aprendí en mi infancia.
¡El francés que hablan en Francia
es un francés imposible!

Un francés que nunca oyó
el que en España estudió.
¡Todo nasal!... ¡todo obscuro!...
¡Aquello no es francés puro,
ni Cristo que lo fundó!

Es una jerga especial,
que será muy natural,
pero que resulta extraña.
Para hablar francés, España:
¡en Francia lo hablan muy mal!

Yo en mi casa lo leía,
y casi lo traducía;
pero, al pasar la frontera,
me encontré que no sabía
ni una palabra siquiera.

Respecto á lo de que el sol
tiene menos arrebol
y que es más árido el suelo,
yo creo que es un camelo
de algún poeta español.

Yo de mi cuna dorada
no echaba de menos nada.
El sol tendrá menos fuego,
mas la tierra, desde luego
está mejor cultivada.

Francia encantadora es,
y el francés, fino y cortés.
¡Bardeos, Lyon, París!...
¡Qué delicioso país,
si no hablaran en francés!

¿Que las mujeres francesas
son desgarradas y ticsas?...
¡Qué! ¡Son bonitas y airosas,
y resueltas y graciosas,
y visten como princesas!

Hay allí cada mujer
que, en dejándose querer,
no hay pecho que no derrita;
pero la lengua maldita
es la que le echa á perder.

Cien espectáculos vi
y en todos me divertí,
aunque algunos valen poco.
¡Los couplets me han vuelto loco!...
¡Estoy de ellos hasta aquí!

El canto siempre es igual:
de la letrilla inmoral
todo el mundo se reía;
y yo tan grave y formal.
¡Como que no la entendía!

Artistas las hay muy bellas,
y aunque las llaman estrellas
dentro del arte infeliz,
canta mejor Julio Ruiz
que muchas tiples de aquéllas.

Vi operetas renombradas,
por igual patrón cortadas,
amores desenfundados,
mujeres desvergonzadas
y maridos engañados.

El darse en la escena un beso
podrá indicar un progreso
en la capital vecina;
¡pero que lo arregle Pina,
que yo no traduzco eso!

¡Con bien escasa fortuna
hice en París mi debut!
Novedad no hallé ninguna;
conquistas no hice ni una,
y de arreglos... ¡rien de tout!

José Jackson Veyan.

Ingenuidad del delito.



—Para las ánimas benditas...



—Pues se me había figurao que aquella viejecita
había echo una peseta.



--Déme usted una cajetilla de 40.
--No puede ser.
--¿Por qué?
--Porque esta peseta no pasa en ninguna parte.



--Dicen las ánimas benditas que esta peseta es falsa.

LA ETERNA INJUSTICIA

Aduladora de la indocta masa,
dejándose arrastrar por la corriente
de ese vulgo inconsciente
que hace sus genios... para andar por casa,
la medianía andaz bulle y se endiosa,
se recrea en su orgullo satisfecho
y hasta logra sacar honra y provecho
del clarín de la fama mentirosa.

El genio de verdad, casi divino,
gastando su energía soberana,
se planta bravamente en el camino
á combatir la necesidad humana.
¡Inútil, vana y temeraria lucha,
porque él es uno solo y ella es mucha!

La multitud le arrolla; cae vencido,
hallan en su dolor los vencedores
goco brutal, y muere en el olvido,
sin laureles ni honores.

.....
Al cabo triunfa la justicia, es cierto,
Siglos después la humanidad se entera
de que era insigne el muerto,
y su nombre venera
esculpiéndole en mármoles y bronces...
¡pero tres pitos se le importa entonces!

Sinesio Delgado.

CHISMES Y CUENTOS

Ya sabrán ustedes, porque se ha dicho en todas partes y en todos los tonos, que las pobrecitas compañías de ferrocarriles están con el agua al cuello, y para salvarse han tenido que demandar auxilio á los poderes públicos.

Y en vista de lo mal que les está saliendo el negocio, han acordado pedir... ¿á que no saben ustedes qué?

¡Una prórroga en las concesiones!

¿Para qué será eso?

Como no sea para seguir arruinándose durante más tiempo...

Gracias á Dios, ya está marcado día por día el itinerario que ha de seguir nuestra embajada extraordinaria en Marruecos.

Héle aquí:

Primer día: De Mazagán á Dar-Bendajara, cuatro horas.—2.º De Dar-Bendajara á Siadi, cinco horas.—3.º De Siadi á Mtal, seis horas.—4.º De Mtal á Smira, cinco horas.—5.º De Smira á Yibilad, seis horas.—6.º De Yibilad á Marruecos.

Es de suponer que nuestros enviados recorrerán estas seis etapas en el tiempo que se fija ¡aunque revienten los caballos!

Como los portugueses del cuento, que madrugaban en Valladolid para llegar á Simancas por la noche.

La sociedad predica:
«En sí lleva la pena quien claudica
y en sí hallará el castigo quien mal obre.»
Antes eras honrada y eras pobre,
dejaste la honradez y ya eres rica.
Y yo ni te censuro ni te alabo,
pero... ¡átame esa mosca por el rabo!

Federico Canalejas.

De *La Correspondencia*:

«El insigne poeta cuya inspiración en las letras sólo es comparable á Bellini en la música y á Rafael en la pintura...»

¿Quién dirán ustedes que es? ¡Grilo!

«...ha despertado de su largo sueño para hacer vibrar en las cuerdas de su arpa maravillosa...»

Y para dedicar sendos sonetos á S. M. el rey y á su augusta madre.

Que es para lo que suele despertar «el insigne, etc., etc.»

Los cuales sonetos le han parecido á *La Correspondencia* «dos brillantes joyas literarias,» así como suena.

¡Señora, por Dios! ¡Es usted demasiado amable!

Dice la encantadora Rosalía
que, aunque ha tenido varias ocasiones,
no la ha besado el novio todavía...
¡Y empezaron ayer las relaciones!

Ramón Asensio Mas.

En Barcelona se ha estrenado un nuevo drama de D. Federico Soler (*Serafi Plarria*), que ha obtenido felicísimo éxito.

Un corresponsal nos comunica la grata nueva, y añade que el desenlace es trágico, porque mueren en él tres personajes, entre ellos el protagonista, un marido celoso, que se clava un puñal en el seno.

Y es la primera vez que lo oigo.

Aunque puede que haya querido decir en el seno... de la confianza.

Y se hayan comido media frase los telegrafistas.

Nos estaba haciendo muchísima falta una nueva distribución de placas, cruces, encomiendas, títulos, etc., etc., y ¡loado sea Dios! ya la tenemos. Por cierto que en el reparto le ha correspondido al ministro de la Guerra no sé qué cosa.

Sin duda por el feliz éxito de las operaciones de Melilla.

Donde, como saben ustedes, hemos matado, á fuerza de sacrificios... el hambre de azúcar del ex-bajá del campo.

Si llegamos á matar alguna otra cosa, nos condecoramos todos los españoles, y que nos entraran moscas luego.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. C.—Llegó tarde su aviso, porque estaba el número en máquina.

Un reincidente.—Demasiado escabroso el asunto. Haya usted de las asonancias como de los de Mezara. Me ha gustado su ingenua carta extraordinariamente.

Orlando furioso.—Se agradece la buena intención. Los versos carecen de soltura y facilidad. Son duros y premiosos.

A.—Eso digo yo: ¡Ah! ¡qué desgracia no poder aprovechar absolutamente ninguno!

El niño bonito de Granada.—Pues... ¡olé los niños bonitos y los guasones con sandungal!

Sr. D. J. M. A.—Se remitieron los números. Puede usted enviar lo que guste. Aquí me ha puesto la Divina Providencia para eso, para leer todo lo que venga.

P. P. Trillo.—No señor, no es publicable. Digo, me parece.

Enamorado.—Lo mejor es la carta particular. Las otras tres... ¡qué lástima de asunto!

Echivarrigorrión.—Muchas asonancias, algunos versos duros, el asunto poquita cosa.

Jabonillo.—Hay que andar con cuidado en esos desprecios á la mujer caída, porque resultan cursis muy fácilmente.

Un espíritu.—Vulgaridades casi todas. El verso: «sea por educación sea por manía»

me parece un poquito largo. Y ¿qué quiere decir aquello de «cual lumbre maquiavela?»

Sr. D. A. C.—El cuento me lo había usted remitido anteriormente. Y de las otras dos... tampoco puedo aprovechar ninguna.

Seostris.—Los epigramas candorosos son como las latas de pimientos... sin pimientos.



Mimica.—¡A que no sabe usted cómo se llama eso en mi tierra! ¡Gana de gastar el tiempo en balde!

Esprift.—Vulgares los cantares. Al epigrama, que no tiene nada de particular tampoco, le falta un verso. Porque el libre se queda en el aire.

Barajas.—Veamos:

«Pasa el tiempo, veloz en su carrera,
pasan los días, fugaces como el viento
y pasan los años de la edad primera...»

En resumen, que pasa todo, ¡ménos esa manera de contar las sílabas!

Sr. D. P. P.—Dice así la primera redondilla:

«Te amé desde la infancia,
tendría 5 ó 6 años
y estábamos los 2 de baños
y ya demostrabas tu arrogancia.»

Todo lo cual será verdad, si á mano viene, pero no había necesidad de echarse en cara de esa manera.

Caja.—Tampoco puedo aprovechar nada.

Sr. D. F. P.—Madrid.—¡Mire usted que pasarse la vida llenando cuartillas y cuartillas con un asunto baladí.

¡Yo no he visto en mi vida
ningún bellaco
que diga tantas cosas
sobre el tabaco!

Cañite.—Las glosas, las letrillas, etc., etc., son monerías del año 30, que ahora ya no parecen monerías.

NOTA. Quedan desechadas, sin dar explicaciones por falta de espacio, más de cincuenta composiciones. Ustedes perdonen, pero puedo jurar que lo siento yo más que ustedes.

MADRID, 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.^o
Teléfono 934.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.^o de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Ídem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

HIGIENE DE LA CABEZA



Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación, libre de materias colorantes, es tan para y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Fascos desde 1 peseta á 7 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.
Perfumerías, Droguerías y Peluquerías.
Formayori: MELCHOR GARCÍA, Capellanes, 1 duplicado.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANZANARES

Anatema.

¡Mal rayo en quien vaya al baile de Escritores y de Artistas sin camisa de Martínez con cuello de pajarita!

San Sebastián, 2.

¡Compadeccedme!

Pues nunca se me logra pasar breves instantes contemplando fotografías interesantes.

Catálogo, 50 céntimos en sellos, dirigidos á The Publishing Office, Amsterdam.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID